

# LA FIGURA DEL HISTORIADOR EN LA REPÚBLICA ROMANA\*

## *The Figure of the Historian in the Roman Republic*

Ana RODRÍGUEZ MAYORGAS  
*Universidad Complutense de Madrid*  
anarod05@pdi.ucm.es

Fecha de recepción: 7-IX-2011; aceptación definitiva: 14-X-2011

RESUMEN: El presente artículo tiene por finalidad reflexionar sobre el origen aristocrático del historiador republicano a través de un estudio propográfico de todos los autores conocidos, que muestra un alejamiento de las grandes familias senatoriales de este tipo de actividad frente a la nueva aristocracia de la Segunda Guerra Púnica y a la pequeña aristocracia. También se aborda la invisibilidad social de esta actividad intelectual que no será reconocida y apreciada hasta fines de la República.

*Palabras clave:* Historiador romano, República, *auctoritas*, aristocracia, escritura de la historia.

ABSTRACT: This paper aims to analyze the aristocratic background of the Roman historian in the Republic drawing on a propographic study of the attested authors. The result leads to the conclusion that few members of the well-known senatorial families became interested in writing history compared to the new families from the third century Punic Wars and the low ranking aristocrats. Besides, it addresses the social invisibility of

\* Agradezco a Pedro López Barja y Estela García la lectura del presente artículo y sus comentarios.

this intellectual activity that will not be acknowledged until the end of the Republic.

*Keywords:* Roman historian, Republic, *auctoritas*, aristocracy, history writing.

Es un lugar común de la historiografía moderna subrayar la pertenencia del historiador romano a la élite social y política de Roma. Es más, prevalece con fuerza la imagen de un historiador-senador que después de una larga experiencia en el gobierno utiliza sus años de retiro y vejez para reflexionar y escribir sobre el pasado remoto o cercano de la ciudad, cumpliendo así el deseo de Polibio de que todo historiador que se precie ha debido ser antes protagonista de la historia para poder ser después su narrador<sup>1</sup>. Ciertamente no faltan ejemplos de este modelo en Roma y el de Tácito es uno de los mejor conocidos y más destacados gracias al interés de Ronald Syme<sup>2</sup>. Prácticamente toda consideración sobre la historiografía romana ha girado siempre en torno a esta premisa e insistido unánimemente en lo que se considera su principal consecuencia, el carácter político de la actividad del historiador romano, que utiliza la escritura como forma y continuación de su participación en el gobierno de Roma: ya sea de cara al exterior como extensión de la diplomacia romana (así se interpretan las primeras historias escritas en griego)<sup>3</sup> o en casa como forma de lucha entre las distintas *factiones* en lucha desde fines del siglo II a.C.<sup>4</sup>.

En otro lugar ya hemos explorado la posibilidad de una explicación no política del fenómeno de la historiografía en Roma<sup>5</sup>, por el contrario, el presente artículo tiene por finalidad analizar con mayor detalle la figura del historiador, su origen aristocrático y la valoración o imagen social que éste tenía en la República.

1. PLB. 12. 28 y 25g.

2. SYME, R.: «The Senator as Historian», *Histoire et historiens dans l'Antiquité*. Vandoeuvers-Genève: Fondation Hardt, 1958, pp. 187-201.

3. RAWSON, E.: *Intellectual Life in the Late Roman Republic*. London: Duckworth, 1985, p. 218; GENTILI, B. y CERRI, G.: *History and Biography in Ancient Thought*. Amsterdam: J. C. Gieben publisher, 1988, pp. 35-41; PINA POLO, F.: «Die nützliche Erinnerung: Geschichtsschreibung, *mos maiorum*, und die römischen Identität», *Historia*, 53, 2004, pp. 147-172.

4. McDONALD, A. H.: «The Roman Historians», *Fifty years (and twelve) of classical scholarship*, Oxford, 1968, pp. 465-493, esp. 472; LEDENTU, M.: *Stydium scribendi. Recherches sur les statuts de l'écrivain et de l'écriture à Rome à la fin de la République*. Louvain-Paris-Dudley (Massachussets): Peeters, 2004, p. 121.

5. RODRÍGUEZ MAYORGAS, A.: *La memoria de Roma: oralidad, escritura e historia en la República romana*. Oxford: BAR, 2007, pp. 69-78; y «Historia griega y memoria romana. El surgimiento del discurso histórico en la República», *Dialéctica histórica y compromiso social*, vol. 1, C. A. Fornis; J. Gallego; P. López Barja y M. Valdés (coords.). Zaragoza: Librerías Pórtico, 2006, pp. 431-448.

## 1. HACIA UNA PROSOPOGRAFÍA DE LOS HISTORIADORES REPUBLICANOS

Cualquier análisis sociológico que se pretenda hacer de los historiadores republicanos no puede ser más que una mera aproximación, porque del mismo modo que de sus obras solo conservamos fragmentos difíciles de contextualizar, de sus vidas —al menos de las de un número importante de ellos—, no tenemos apenas información. Como veremos, este hecho resulta ya significativo e interesante en sí mismo dado que pertenecían en un gran número a la aristocracia romana, el grupo social mejor representado en las fuentes; y, frente a lo que podría pensarse, la situación empeora a fines de la República cuando el número de historiadores aumenta. A este balance se llega si, más allá de los personajes destacados que aparecen de forma recurrente en la investigación, recuperamos todas las noticias sobre historias e historiadores republicanos que nos han llegado a través de las fuentes literarias. Estas noticias nos permitirán presentar una imagen de conjunto de aquellos romanos que se interesaron por el pasado de su ciudad antes de época augustea.

De la analítica antigua, que cronológicamente podríamos establecer entre fines del siglo III y mediados del II a.C., conocemos a seis historiadores, los cuales, a excepción de uno solo, Marco Porcio Catón, escribieron su obra en griego. Del primero de ellos, Quinto Fabio Píctor, sabemos que su padre fue cónsul en 269 a.C., pero de él se supone únicamente la pretura —podría haber sido también edil curul—, y ésta porque fue enviado a Delfos, después de la derrota de *Cannae*, para formular una consulta al oráculo. Su hijo fue también pretor en 189 a.C. pero con posterioridad la familia desaparece del primer plano político de la ciudad<sup>6</sup>. Su contemporáneo, Lucio Cincio Alimento, venía, por el contrario, de una familia plebeya que llegó al senado en la segunda guerra púnica. Él mismo participó en este enfrentamiento como pretor en 210 a.C. y propretor en 209 a.C. con la misión de proteger Sicilia hasta que fue hecho prisionero por Aníbal en una fecha posterior no conocida y liberado posiblemente después del fin de la guerra. De esta misma época se conoce otro miembro de su familia, M. Cincio Alimento, que fue en 204 a.C. tribuno de la

6. VERBRUGGHE, G. P.: «Three notes on Fabius Pictor and his history», *Philias Charin. Miscellanea di studi classici in onore di Eugenio Manni*, t. 6, Roma: Giorgio Bretschneider, 1980, pp. 2.165-2.173, esp. 2.160-2.164; CHASSIGNET, M. (ed.): *L'annalistique romaine I. Les annales des pontifes. L'annalistique ancienne*. Paris: Les Belles Lettres, 2003 (1996), pp. LIV-LVI; BECK, H. y WALTER, U. (eds.): *Die frühen römischen Historiker I*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2001, pp. 55-61.

plebe<sup>7</sup>. Un *homo novus*, con mucha mejor fortuna, fue Marco Porcio Catón, un personaje excepcional en muchos sentidos. Su carrera es de sobra conocida<sup>8</sup>. Fue cuestor de Escipión el Africano (204 a.C.) y más tarde edil plebeyo (199 a.C.), a continuación desempeñó el cargo de pretor en Cerdeña (198 a.C.) y el de cónsul en Hispania Citerior (195 a.C.). Por último, a la edad de cincuenta años fue elegido censor en 184 a.C. Sus descendientes, aunque no tan influyentes, siguieron alcanzando la máxima magistratura del consulado.

La figura de Catón contrasta claramente con la del hijo de su rival político, aunque ambos tuvieron en común el interés por escribir la historia de Roma. En efecto, según Cicerón, Publio Cornelio Escipión, hijo del Africano, escribió una *historia graeca* —sin duda de Roma, pero escrita en griego como la de sus predecesores— a la que no le faltaba destreza oratoria<sup>9</sup>. De ella no hemos conservado ni un solo fragmento, y aunque su familia fue una de las más prestigiosas de Roma, tampoco nos ha llegado dato alguno sobre la vida de su autor, salvo dos noticias que nos transmiten las fuentes: que fue nombrado augur a la muerte de Sp. Postumio Albino en 180 a.C. y que siempre tuvo una salud muy delicada, lo que posiblemente le privó de descendencia y aconsejó la adopción del hijo menor de Lucio Emilio Paulo<sup>10</sup>. Dos personajes más, nuevamente uno patricio y otro plebeyo, cierran el grupo de la analística antigua. El primero es Aulo Postumio Albino, perteneciente a una de las más importantes familias aristocráticas romanas que contaba con antepasados tan destacados como el dictador y vencedor de los latinos en el Lago Regilo (499 o 496 a.C.), A. Postumio Albo<sup>11</sup>. Fue pretor urbano en 155 a.C. y cónsul cuatro años después. En 146 a.C. formó parte de la comisión senatorial enviada a Lucio Mummio para organizar Grecia después de la toma y destrucción de Corinto<sup>12</sup>. La familia de Gayo Acilio, por el contrario, era plebeya y desconocida hasta la segunda guerra púnica, cuando un Manio Acilio Glabrión alcanzó el tribunado de la plebe (201 a.C.) y más tarde la pretura (196 a.C.) y el consulado (191 a.C.)<sup>13</sup>. Del historiador solo sabemos

7. CHASSIGNET: *op. cit.*, nota 6, pp. LXXIII-LXXIV; BECK y WALTER: *op. cit.*, nota 6, pp. 137-138.

8. ASTIN, A. E.: *Cato the Censor*. Oxford: Clarendon Press, 1978, pp. 11-27.

9. Cic. *Brut.* 77.

10. Liv. 40. 42. 13; Cic. *Cato* 11. 35; *Off.* 1. 33. 121, *Arch.* 7. 10.

11. BROUGHTON, T. R. S.: *The Magistrates of the Roman Republic I 509-100 BC*. Cleveland (Ohio): The Press of Western Reserve University, 1968, pp. 10-12.

12. CHASSIGNET, *op. cit.* nota 6, pp. LXXIX-LXXXI; BECK y WALTER, *op. cit.* nota 6, pp. 225-227.

13. BROUGHTON: *op. cit.*, nota 11, p. 520.

que era senador en 155 a.C., pues hizo de intérprete de Carnéades, Diógenes y Critolao, los tres filósofos embajadores enviados por Atenas para resolver un conflicto con la vecina Oropos. Por ello, se ha supuesto que pudo ocupar con anterioridad la edilidad curul, que fue a la vez su acceso al senado y el final de su *cursus honorum*<sup>14</sup>.

La analística media se desarrolla en la segunda mitad del siglo II a.C. y por primera vez vemos un claro contraste entre dos grupos de historiadores diferenciados: aquellos que tienen una carrera política que culmina con éxito en el consulado o incluso la censura y los que solo alcanzan una magistratura de baja categoría o simplemente no tienen ninguna relación con la política. Entre los primeros contamos con cuatro representantes<sup>15</sup>. Quinto Fabio Máximo Serviliano fue cónsul en 142 a.C. y un año más tarde procónsul en Hispania Ulterior, donde fue vencido por Viriato con el que tuvo que acordar un pacto en condiciones de igualdad. Con toda probabilidad fue elegido pontífice hacia 150 a.C.<sup>16</sup> Lucio Calpurnio Pisón Frugi, famoso por la *lex Calpurnia de pecuniis repetundis* que hizo aprobar siendo tribuno de la plebe en 149 a.C., provenía, por el contrario, de una familia plebeya, que tuvo su primera oportunidad, como otras que ya hemos visto, en la segunda guerra púnica. Fue cónsul en 133 a.C. en Sicilia, donde alcanzó importantes éxitos luchando contra la revuelta de esclavos, y censor en 120 a.C.<sup>17</sup>. De otro plebeyo, Gayo Sempronio Tuditano, conocemos bien su carrera: cuestor en 145 a.C., edil curul en 135 a.C., pretor en 132 a.C. y cónsul en 129 a.C., magistratura esta última que le llevó a enfrentarse a los yapides en Iliria, sobre los que celebró un triunfo a su regreso a Roma.

El cuarto historiador, Gayo Fanio, es casi con toda seguridad, el cónsul en 122 a.C., augur, y yerno de Gayo Lelio el Sabio, a pesar de que Cicerón distingue a los dos personajes en *Bruto* (99-101). Posteriormente, sin embargo, su correspondencia con Ático da muestras de haber corregido el error, seguramente gracias a las indicaciones de éste<sup>18</sup>. La *gens*

14. CHASSIGNET: *op. cit.*, nota 6, pp. LXXXVI-LXXXVII; BECK y WALTER: *op. cit.*, nota 6, pp. 232-233.

15. CHASSIGNET, M. (ed.): *L'annalistique romaine II. L'annalistique moyenne*. Paris: Les Belles Lettres, 1999, pp. XVI-XXXVII.

16. RÜPKE, J.: *Fasti Sacerdotum. A prosopography of Pagan, Jewish, and Christian Religious Officials in the City of Rome, 300 BC to AD 499*. Oxford: Oxford University Press, 2008 (2005), p. 676, n.º 1594.

17. FORSYTHE, G.: *The Historian L. Calpurnius Piso Frugi and the Roman Annalistic Tradition I*. Lanham-Maryland-London: University Press of America, 1994, pp. 1-24.

18. *Cic. Att.* 12. 5b; 16. 13a. No sería, además, la primera vez que Cicerón se confunde con los historiadores. Por estas mismas fechas también hubo de recurrir a Ático para aclarar

*Fannia* de condición plebeya no alcanzó renombre hasta la primera mitad del siglo II a.C. con el cónsul del año 161 a.C. Gayo Fanio Estrabón. Por último, dentro de la nómina de senadores pero no cónsules, hay que incluir seguramente a Gneo Aufidio, de quien Cicerón decía que, a pesar de sus dificultades de visión, daba su opinión en el senado, deliberaba con los amigos y escribía una historia en griego<sup>19</sup>. Ni una sola referencia concreta tenemos de dicha obra, pero de él sabemos que fue pretor en 107 a.C., y adoptó en la vejez a un tal Orestes que llegaría a ser cónsul en 71 a.C.; y que un familiar suyo, otro Gneo Aufidio había sido tribuno de la plebe en 170 a.C.<sup>20</sup>

Frente a estos cuatro historiadores consulares, los otros cinco conocidos no tuvieron relevancia política alguna y su extracción social es mera especulación<sup>21</sup>. Lucio Casio Hemina ha sido relacionado con los *Cassii Longinii*, y en concreto con Gayo Casio Longino, cónsul en 171 a.C., por algunos autores sin que tengamos indicio fehaciente de un vínculo real.<sup>22</sup> De su cognomen, *Hemina* —que hace referencia en latín a una medida de sólidos y líquidos, y que ha sido reconocido como un gentilicio etrusco en origen<sup>23</sup>—, poco podemos en realidad deducir porque no conocemos a ningún otro personaje que lo tuviera; y la suposición de que debió de ser un hombre político porque en Roma en este momento solo una persona de tal categoría emprendía la tarea de escribir unos *Annales* como él<sup>24</sup> nos arrastra a un argumento circular que difícilmente

---

la identidad de uno de los miembros de la comisión de Corinto del 146 a.C. Su amigo le convenció de que frente a lo que pensaba, el Gayo Sempronio Tuditano que había participado como legado no era el orador e historiador, cónsul en 129 a.C., sino su padre. Cf. BADIÁN, E.: «Cicero and the commission of 146 BC», *Hommages à Marcel Renard I*. Bruxelles: Latomus, 1969, pp. 54-65.

19. Cic. *Tusc.* 5. 38. 112: sobre su ceguera *Fin.* 5. 19. 54.

20. Cic. *Dom.* 13. 35. PETER, H.: *Historicorum Romanorum Reliquiae I*, Stuttgart, Teubner, 1967, pp. CCXL-CCXLI; BROUGHTON I, *op. cit.* nota 11, p. 420; BROUGHTON, T. R. S.: *The Magistrates of the Roman Republic II 99-31 BC*. Cleveland (Ohio): The Press of Western Reserve University, 1968, p. 121.

21. CHASSIGNET: *op. cit.*, nota 13, pp. IX-XI, XL-LVII; BECK y WALTER: *op. cit.*, nota 6, pp. 242-245 y BECK, H. y WALTER, U. (eds.): *Die frühen römischen Historiker II*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2004, pp. 35-39; 84-86.

22. FORSYTHE, G.: «Some Notes on the History of Cassius Hemina», *Phoenix*, 44(4), 1990, pp. 326-344, esp. 326-27, sostiene que dado que comparte el *praenomen Lucius* con los *Cassii Longinii* no hay razones para excluir la posibilidad de que de algún modo estén relacionados.

23. SANTINI, C.: *I frammenti di L. Cassio Emina. Introduzione, testo, traduzione e commento*. Pisa: ETS, 1995, pp. 28-29.

24. Así lo sostiene, por ejemplo, LEDENTU: *op. cit.*, nota 3, p. 37.

se sostiene si consideramos los historiadores que veremos a continuación. Ciertamente su nombre gentilicio le sitúa dentro de un clan originariamente patricio que se remonta al inicio de la República, pero tanto él como su familia inmediata pudieron mantenerse al margen de la carrera política o haber desempeñado solamente magistraturas menores.

Alguna información más tenemos de Lucio Celio Antípato. Por Cicerón sabemos que era experto en derecho y transmitió este conocimiento a Lucio Licinio Craso; y dentro de la nómina de historiadores romanos inexpressivos, el orador destaca su prosa como algo más elevada<sup>25</sup>. Pero nada sabemos de una carrera política, que con toda probabilidad nunca tuvo, a juzgar por el silencio de Cicerón. Tanto su conocimiento de la jurisprudencia como la afirmación de Cornelio Nepote, transmitida por Suetonio, de que fue Lucio Voltacilio Piluto, maestro de Pompeyo, «el primero de los libertos que intentó escribir historia en una época en que solía ser escrita por hombres de mejor condición»<sup>26</sup>, aconsejan desechar la idea de que se trate de un antiguo esclavo. Y tampoco es obligatorio hacerle descender de una familia de esta extracción o de un origen griego por su cognomen, puesto que no son inusuales los *cognomina* helenos entre las familias romanas como muestran los *Marcii Philippi*<sup>27</sup>. A ello hay que sumarle que se conoce un edil del 129 a.C. llamado Gayo Celio, citado en el senadoconsulto *de agro Pergameno*, que se ha supuesto su hermano o primo, y un cónsul para el año 49 a.C. de idéntico nombre, que podría ser el hijo de éste. Por tanto, lo más razonable sería pensar que Celio Antípato pertenecía a una familia de caballeros romanos con el suficiente respaldo económico como para que algunos de sus miembros intentaran una carrera política, con no mucho éxito ciertamente, mientras otros preferían el cultivo de determinados saberes.

Este mismo perfil puede intuirse en Gneo Gelio, otro desconocido que proviene de una familia no aristocrática de Roma, y cuyo nombre aparece por dos veces en las fuentes de la República: en primer lugar como el oponente contra el que Catón en 146 a.C. pronunció un discurso, *Pro L. Turio contra Cn. Gellium*<sup>28</sup>, personaje que se ha supuesto su padre; y en segundo lugar, el *triumvir monetalis* del año 138 a.C., que se ha

25. CIC. *Brut.* 102; *de Orat.* 2.13.53-14.54.

26. SUET. *Rbet.* 27: *primus omnium libertinorum ut Cornelius Nepos opinatur scribere historiam orsus nonnisi ab honestissimo quoque scribi solitam ad id tempus.*

27. BADIAN, E.: «The Early Historians», *Latin Historians*. London: T. A. Dorey (ed.), 1966, pp. 1-38, esp. 16, nota 65.

28. GELL. *NA*, 14. 2. 21.

identificado con el propio historiador<sup>29</sup>. Su familia no tuvo ningún otro representante conocido en la política en esta época. Algo parecido sucede con Sempronio Aselión —de *praenomen* desconocido—, que pertenecía a una de las *gentes* más importantes desde los orígenes de la República, pero cuya familia había tenido poca relevancia. Su propia contribución a la *res publica* no fue más allá de ser tribuno militar de Escipión Emiliano en el cerco de Numancia (134-133 a.C.). Más suerte tuvo el que se considera su hijo (o sobrino), Aulo Sempronio Aselión, quien consiguió ser pretor urbano en 89 a.C.; y es posible que otro Aselión, Lucio esta vez, fuese también pretor hacia 96 a.C. en Sicilia<sup>30</sup>. Otro historiador romano puede encuadrarse con más o menos seguridad en la segunda mitad del siglo II a.C. Se trata de Venonio —se desconoce el *praenomen* y el *cognomen*, si lo tuvo—, a cuya obra hace referencia Cicerón en más de una ocasión, pero de la cual solamente tenemos un fragmento sobre las tribus de Servio Tulio que nos transmite Dionisio de Halicarnaso<sup>31</sup>.

De esta forma tenemos cinco historiadores senatoriales en la analítica media —cuatro cónsules y un pretor— frente a cinco personajes no senadores<sup>32</sup>. Con el paso al siglo I a.C. la situación se hace aún más complicada, en parte porque se diversifica el género historiográfico y surge el interés por las trayectorias individuales. Dado que se trata de un formato claramente diferenciado de la historia, dejaremos a un lado a los autores de autobiografías y biografías, que proliferan de forma evidente en esta centuria, y con ellos también a los responsables de encomios y panfletos como los que se redactaron a favor y en contra de Catón el Joven o de César<sup>33</sup>. Aunque, sin duda, es controvertido, vamos a dejar también fuera de la nómina de historiadores a Julio César, autor del *Bellum Gallicum* y del *Bellum Civile*, y a Aulo Hircio, autor del octavo libro del *Bellum Gallicum* y probablemente del *Bellum Alexandrinum*<sup>34</sup>, no ya porque se trate

29. No falta la opinión de que se trata de la misma persona. Ver BARDON, H.: *La littérature latine inconnue I. L'époque républicaine*. Paris: Librairie C. Klincksieck, 1952, p. 77.

30. BECK y WALTER: *op. cit.*, nota 21, pp. 84-86; BROUGHTON: II, *op. cit.*, nota 20, p. 9.

31. Cic. *Leg.* 1. 2. 6-7; *Att.* 12. 3. 1; D.C. 4. 15. 1.

32. Dejo fuera del cómputo a Alfio, Rubelio Blando y Vulcacio, interesados en la guerra contra Cartago y los otros dos en los orígenes troyanos de Roma, porque, aunque a veces se les sitúa en este momento, no hay certeza alguna de su cronología y al ser citados por obras tardoimperiales podrían no ser ni siquiera de época republicana. Ver BARDON: *op. cit.*, nota 29, pp. 102-103; CIZEK, E.: *Histoire et historiens à Rome dans l'Antiquité*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon, 1995, p. 51.

33. Ver LEDENTU: *op. cit.*, nota 4, pp. 220-233.

34. DALY, L. W.: «Aulus Hirtius and the *corpus Caesarianum*», *The Classical Weekly*, 44 (8), 1951, pp. 113-117. Contra ALBRECHT, M.: *Historia de la literatura romana I*. Barcelona: Herder, 1997 (1994), pp. 408-410.

en ambos casos de monografías, sino porque estos *commentarii*, como los llamaban sus propios autores<sup>35</sup>, no estaban concebidos como historias sino como apuntes para una futura historia sobre la conquista de las Galias y sobre el conflicto civil con Pompeyo, aunque la suerte o los lectores quisieron que pronto comenzaran a circular como obras historiográficas<sup>36</sup>. El mismo argumento es válido para Cicerón y las notas en griego que envió a Posidonio para una narración de su consulado o la versión latina, *De consiliis suis*, que nunca pareció dar por terminada<sup>37</sup>. En este caso además ambos textos entran por completo en el género autobiográfico. Por el contrario, incluiremos a los epitomistas de obras anteriores y a los creadores de historias cronológicas, que no son sino resúmenes de historia romana, porque su trabajo es una evidente evolución de la historiografía anterior.

En total son veinte los historiadores conocidos. De estos autores solo cinco alcanzaron en esta ocasión el rango de cónsules antes de la guerra de César y Pompeyo. Los dos primeros, Publio Rutilio Rufo y Quinto Lutacio Catulo, tienen carreras bien conocidas<sup>38</sup>. El primero es un *homo novus* cuyos descendientes no tendrán más éxitos, mientras que el segundo proviene de una familia aristocrática que aparece en la escena política romana en la primera guerra púnica. Ambos obtuvieron, después de intentos fallidos, el consulado en los últimos años del siglo II a.C. (en 105 y 102 a.C. respectivamente). Y los dos sufrieron algún demérito en su carrera, razón por la cual además de historia ambos escribieron una autobiografía: Rutilio fue condenado en 92 a.C. por un delito de concusión y acabó sus días exiliado como ciudadano de Esmirna, donde Cicerón lo visitó antes de morir, mientras que Lutacio participó en la derrota de los cimbrios en *Vercellae* en 101 a.C. pero vio su gloria ensombrecida por el protagonismo de Mario, quien, no obstante, no pudo evitar que participara en el triunfo con él<sup>39</sup>.

35. CIC. *Brut.* 262; HIIRT. *Gal. praef.*

36. CIZEK: *op. cit.*, nota 32, pp. 85-86; CLEARY, J. V.: «Caesar's *Commentarii*: writings in search of a genre», *The Classical Journal*, 8(4), 1985, pp. 345-350.

37. LAFFRANQUE, M.: «A propos des mémoires de Cicéron sur l'histoire de son Consulat», *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*, 152, 1962, pp. 351-358; BARDON, *op. cit.*, nota 29, pp. 273-275; RAWSON, E.: *Roman Culture and Society*. Oxford: Oxford University Press, 1991, pp. 408-415.

38. CHASSIGNET, M.: *L'annalistique romaine III. L'annalistique récente. L'autobiographie politique*. Paris: Les Belles Lettres, 2004, pp. X-XXIII.

39. Como acertadamente subraya LEDENTU, *op. cit.* nota 4, pp. 119-120, sus obras, *De vita sua* y *De consulato suo et rebus gestis*, como las de los otros dos autobiografiados conocidos, Marco Emilio Escauro y Lucio Cornelio Sila, muestran que este tipo de libros que ensalzaban a un individuo no surge en carreras exitosas tradicionales sino en vidas excepcionales cuyos protagonistas tratan de explicar y justificar su trayectoria a través de la escritura, porque no lo lograron con su actuación en vida.

Lucio Licinio Luculo también fue cónsul, en 74 a.C. y tuvo una amplia carrera militar, que conocemos en gran medida gracias a la biografía de Plutarco. Pertenece a una *gens* plebeya cuyo protagonismo se remonta a los orígenes de la República, pero su familia, la de los *Luculli*, alcanzó el senado en la segunda guerra púnica. A imitación de Antípato, escribió una monografía, no una historia general, en esta ocasión sobre la guerra de los aliados, y en griego. De esta obra no conservamos ni un solo fragmento como tampoco de los *Annales* de Quinto Hortensio Hortalto, un personaje que ganó su prestigio y fortuna gracias a la oratoria, como haría Cicerón. Fue cónsul en 69 a.C. y podría considerarse prácticamente un *homo novus* como su amigo y rival, porque solo se conoce un personaje de la misma *gens* con cargos importantes, el dictador del año 287 a.C. Otro Quinto Hortensio debió de ser pretor hacia el 45 a.C., pues aparece con un cargo proconsular en Macedonia al año siguiente<sup>40</sup>. Por último, sumaremos provisionalmente a este grupo a un personaje más cuya identificación no está por completo asegurada<sup>41</sup>. Se trata del autor de un *liber Annalis* llamado Libón. Aunque no hay un testimonio definitivo es posible que sea Lucio Escribonio Libón, el suegro de Sexto Pompeyo y cónsul del 34 a.C. De ser así, tendríamos otro historiador de rango senatorial cuya familia, aunque de prestigio moderado, remonta su acceso al senado en época de la segunda guerra púnica. Si no es así, se trataría muy posiblemente de un familiar.

Aquí acaba el número de historiadores consulares, pero aún quedan otros siete personajes que llegaron al senado con el cargo máximo de pretor o alguno inferior. Ese es el caso del silano Lucio Cornelio Sisena, que alcanzó dicha magistratura en 78 a.C., y cuyo *cognomen*, de origen etrusco, ha dado que pensar a los investigadores. Para unos sería la marca del remoto origen liberto de algún antepasado, mientras que otros ven en él simplemente una rama senatorial de la *gens Cornelia*<sup>42</sup>. Lo cierto es que dos predecesores suyos fueron igualmente pretores en 183 y 119 a.C.<sup>43</sup>, lo que en cualquier caso le sitúa en una familia con proyección política a comienzos del siglo I a.C. Una década después fue también pretor (68 a.C.) Gayo Licinio Macro, padre del poeta y orador Licinio Calvo. Gayo, amigo de Sisena, pero declarado antisilano, provenía de una familia plebeya, de la que no se conoce ningún miembro destacado en la política romana con anterioridad. Su carrera se vio truncada prematuramente

40. BROUGHTON I: *op. cit.*, nota 11, p. 185; BROUGHTON II: *op. cit.* nota 20, p. 306.

41. CHASSIGNET: *op. cit.*, nota 38, pp. LXXXIII-LXXXV.

42. CHASSIGNET: *op. cit.*, nota 15, pp. XXXVIII-XLI.

43. BROUGHTON I: *op. cit.*, nota 11, pp. 525 y 378.

cuando después de su cargo provincial como propretor, murió, posiblemente por voluntad propia, en 66 a.C. durante un proceso de concusión que terminaría con una sentencia condenatoria<sup>44</sup>.

Pretores fueron también Quinto Tulio Cicerón en 58 a.C., quien escribió unos *Annales* de los que no tenemos referencia concreta alguna<sup>45</sup>, y Lucio Luceyo, de familia sin antecedentes senatoriales, pretor peregrino en 67 a.C.<sup>46</sup>, y cuya obra conocemos gracias a Cicerón y a su deseo de ver inmortalizado por mano ajena su consulado. Por sus referencias se puede deducir que en 56 a.C. ya había llegado a la época de Sila y que iba haciendo pública su obra por libros<sup>47</sup>. También alcanzó la pretura Gayo Sulpicio Galba, abuelo del emperador, en fecha desconocida de la segunda mitad del siglo I a.C. Proveniente de una familia aristocrática patricia de prestigio desde la segunda guerra púnica, destacó, sin embargo, dice Suetonio por su erudición y escribió una historia «amplia y cuidada»<sup>48</sup>. Hemos de incluir en este grupo a otro patricio de familia insigne desde los orígenes de la República, Marco Junio Bruto, que no llegó a ser más que pretor urbano en 44 a.C. y que se distinguió entre los tiranicidas. Su pasión por el conocimiento del pasado le llevó a resumir obras ya escritas. De tres tenemos noticia: las *Historias* de Polibio, los *Annales* de Fanio y el *Bellum Punicum* de Antípatro<sup>49</sup>.

Dos personajes de diversa extracción completan la nómina de historiadores senadores de este período. Gayo Salustio Crispo provenía de una desconocida familia de Amiterno (territorio sabino) que solo le tendrá a él como ilustre representante. Accedió al senado en 52 a.C. como tribuno de la plebe y bajo la égida de César fue pretor en 46 a.C. (ya había sido su cuestor en las Galias en 55 a.C.). En el lado pompeyano, Marco Terencio Varrón, igualmente sabino, de Reate, tampoco venía de una familia senatorial, aunque tenía un antepasado de controvertido prestigio, uno de los cónsules de 216 a.C. que sucumbieron estrepitosamente ante las tropas de Aníbal en *Cannae*. Fue tribuno de la plebe en los años 70, además

44. CHASSIGNET: *op. cit.*, nota 15, pp. L-LIV.

45. *Cic. Att.* 2. 16. 4.

46. BROUGHTON II: *op. cit.*, nota 20, p. 143. Solo conocemos a un *L. Lucceius M. f.* que aparece en una inscripción de Samotracia como legado en el año 92 a.C., ver BROUGHTON II: *op. cit.*, nota 20, pp. 19-20.

47. *Cic. Fam.* 5. 12; *Att.* 4. 6. 4.

48. SÜET. *Gal.* 3: *avus clarior studiis quam dignitate — non enim egressus praeturae gradum — multiplicem nec incuriosam historiam edidit*. PETER, H.: *Historicorum Romanorum Reliquiae II*, Stuttgart, Teubner, 1967(1906), p. LVIII; CIZEK, *op. cit.*, nota 32, p. 75.

49. LEDENTU: *op. cit.*, nota 4, p. 239.

de legado de Pompeyo en la guerra contra los piratas en 67 a.C. y nuevamente en Hispania Ulterior en la guerra civil<sup>50</sup>.

La información que tenemos sobre los historiadores no senatoriales es, como siempre, inferior y difícil de evaluar. A pesar de que fueron ampliamente citados en la Antigüedad, nada sabemos de las vidas de Quinto Claudio Cuadrigario y Valerio Anciate, salvo que, aunque tienen el nombre gentilicio de dos importantes clanes patricios, ni ellos, ni posiblemente sus familias, pertenecían a la élite senatorial romana, pues las fuentes no los vinculan con ninguna magistratura importante. Se ha supuesto, por el contrario, que pudieron provenir del *ordo equestre* o de la aristocracia municipal itálica<sup>51</sup>. En el caso de Anciate se ha señalado *Antium* incluso como su lugar de origen atendiendo a su *cognomen*, mientras que el conocimiento topográfico del norte de Italia que muestran los fragmentos de Cuadrigario ha hecho pensar a otros que sería ese su lugar de origen<sup>52</sup>. Ambos argumentos son débiles, pero igualmente poco sustento tiene la idea, que, sin embargo, está bastante extendida, de que ambos hubieron de ser clientes de algún miembro de la *gens Claudia* y *Valeria* respectivamente<sup>53</sup>. Esta hipótesis satisface sobre todo a aquellos investigadores que ven en la historiografía de estos autores, y especialmente en la de Anciate, una abierta apología de los linajes cuyo nombre compartían. Abordaremos esta cuestión en breve, por ahora baste decir que no hay testimonio alguno de esta relación clientelar. Difícilmente se puede utilizar el nombre gentilicio para argumentar esta dependencia a no ser que se suponga que estos autores eran libertos, o descendientes de libertos, de algún Claudio y Valerio, relación que no está atestiguada y para la cual la supuesta actitud encomiástica es un muy débil argumento<sup>54</sup>.

Tampoco se percibe una relación clientelar, como se ha querido ver, en un fragmento de Cuadrigario transmitido por Aulo Gelio donde el autor afirma: «si en virtud de tu bondad y de mi afecto dispones de buena salud, es que debemos esperar que los dioses actúen en favor de los buenos»<sup>55</sup>.

50. BROUGHTON II: *op. cit.*, nota 20, pp. 473 y 625.

51. CHASSIGNET: *op. cit.*, nota 16, pp. XXIII-XXVI y LXIII-LXVIII.

52. Valerio Anciate: RAWSON, *op. cit.*, nota 3, p. 219. Claudio Cuadrigario: BADIÁN: *op. cit.*, nota 27, p. 18; CIZEK: *op. cit.*, nota 32, p. 71.

53. TIMPE D.: «Erwägungen zur jüngeren Annalistik», *Antike und Abendland*, 25, 1979, pp. 79-119, esp. 113; BECK y WALTER: *op. cit.*, nota 21, pp. 109-111 y 168-171.

54. Por ejemplo, WISEMAN, T. P.: *Clio's Cosmetics: three studies in Greco-Roman Literature*. Leicester: Leicester University Press, 1979, p. 135.

55. GEL. I. 7. 9: *In duodecimo Annali eiusdem Quadrigarii principium libri sic scriptum: Si pro tua bonitate et nostra voluntate tibi valitudo subpetit, est quod speremus deos bonis bene facturum*. BECK y WALTER: *op. cit.*, nota 21, p. 109.

Situada al comienzo del libro decimoctavo, esta frase interpela a un personaje con el que Cuadrigario parece compartir un sentimiento de amistad o familiaridad, pero ello no implica obligatoriamente que sea su patrono. Es más sencillo suponer que se trata de la persona a la que le ha dedicado la obra, una costumbre bien atestiguada en Roma que estaba lejos de suponer una relación asimétrica<sup>56</sup>. Por último, tenemos documentado un Valerio Anciate en la segunda guerra púnica como prefecto de la flota<sup>57</sup>. Livio nos dice de él simplemente que comandó las cinco naves que llevaron a Roma a los embajadores de Aníbal que pretendían hacer un pacto con Filipo, rey de Macedonia. Su nombre no vuelve a aparecer, pero no por ello se ha de suponer que es una alteración o invención del historiador en busca de un antepasado epónimo<sup>58</sup>, entre otras cosas porque como falsificación resulta ciertamente insignificante, a no ser que supongamos que en la narración original de Valerio Anciate la actuación del comandante en el transporte de prisioneros alcanzaba cotas máximas de heroicidad o iba acompañada de un mayor número de antepasados ficticios que no trascendieron a la obra de Tito Livio. Falso o verdadero un antepasado jefe de la flota deja al historiador fuera de la aristocracia gobernante romana y del gobierno de la ciudad, exactamente en el mismo lugar que Claudio Cuadrigario, aunque se acepte la posibilidad de que realmente perteneciera a la *gens Valeria*<sup>59</sup>.

De forma excepcional encontramos en el siglo I a.C. a dos miembros de una misma casa, padre e hijo, dedicados a la historia. Lucio y Quinto Elio Tuberón provenían de una *gens* plebeya, *Elia*, de relieve desde finales del siglo V a.C. y de una familia, la de los Tuberones, que había alcanzado el senado en la segunda guerra púnica<sup>60</sup>. Su prestigio, sin embargo, no era grande. No tuvieron un miembro cónsul hasta que en 11 a.C. el hijo de Quinto, de igual nombre, desempeñó tal magistratura, mientras que padre y abuelo no habían alcanzado cargo alguno de relieve: el primero fue legado de Quinto Cicerón en Asia (61-58 a.C.) y no llegó a ser gobernador de África en 49 a.C. porque los cesarianos Ligario y Atio Varo

56. STROUP, S. C.: *Catullus, Cicero and a society of patrons: the generation of the text*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010. pp. 1-20.

57. Liv. 23. 34. 9.

58. BARDON: *op. cit.*, nota 29, p. 21; TIMPE: *op. cit.*, nota 52, p. 110. Broughton I: *op. cit.*, nota 11, p. 257-258, lo mantiene con dudas.

59. Así lo acepta OGILVIE, R. M.: *A Commentary on Livy. Books I-V*. Oxford: Clarendon Press, 1970, p. 12 y MÜNZER, F.: *RE s. v. Valerius Antias*, pp. 2313ss, n° 98.

60. CHASSIGNET, *op. cit.*, nota 15, pp. LXXVI-LXXVIII; BECK y WALTER: *op. cit.*, nota 21, pp. 346-348.

le impidieron desembarcar. Junto a su hijo se unió al bando pompeyano y después de la guerra fueron perdonados por César y regresaron a Roma.

Dos amigos y miembros del ordo ecuestre, Tito Pomponio Ático y Cornelio Nepote dedicaron parte de su producción literaria al pasado de Roma. El primero escribió un *liber Annalis* de gran utilidad, según Cicerón, porque contenía toda la historia de la ciudad en un único volumen fácil de manejar<sup>61</sup>. Esta misma finalidad tendrían los *Chronica* de Nepote, en tres libros, que además tenían la ventaja de ofrecer sincronismos entre los hechos de Grecia y Roma; y los *Annales populi Romani* de Emilio Sura, citados por Veleyo Patérculo<sup>62</sup>, en los que la hegemonía romana se presentaba como precedida por los imperios asirio, medo, persa y macedonio. Nada sabemos de este autor, que se suele situar como muy pronto en tiempos de Sila<sup>63</sup>. Los *Annales* de Varrón y el *Annalis* de Libón entran también dentro de esta categoría historiográfica de breviarios cronológicos<sup>64</sup>.

Hasta aquí llega el número de autores conocidos cuyas obras tenemos la seguridad de que eran de carácter historiográfico. Por no estar este aspecto asegurado fuera dejamos a Sulpicio Blitho, Cota, Casca y Procilio<sup>65</sup>;

61. Cic. *Orat.* 120.

62. VELL. 1. 6. 6.

63. BARDON: *op. cit.*, nota 29, p. 195. Nuevamente nos encontramos con un personaje que como Anciate o Hemina o Cuadrigario podría pertenecer a una rama menor, desconocida en política, de los *Aemilii*. Su cognomen, sin embargo, es conocido entre los Cornelios. Ver, KAJANTO, I.: *The Latin Cognomina*. Helsinki: Societas Scientiarum Fennica, 1965, p. 226.

64. LEDENTU: *op. cit.*, nota 4, pp. 234-238.

65. A Blitho lo cita Nepote junto a Polibio y Ático sobre la fecha de la muerte de Aníbal y podría tratarse de una historia pero también de una biografía (NEP. *Han.* 13. 1). Ver BARDON: *op. cit.*, nota 29, p. 261. Los otros dos aparecen en una carta de Cicerón (Cic. *Att.* 13. 44. 3: *Cottam mi velim mittas; Libonem mecum habeo et habueram ante Cascam*). El primero es posiblemente Lucio Arunculeyo Cota, oficial de César y autor según Ateneo (6. 273B) de una *Romaion politeia*. El título ha llevado a algunos a pensar en una reflexión sobre el gobierno de Roma (RAWSON: *op. cit.*, nota 3, p. 216), otros, por la noticia de que César solo llevó tres esclavos a *Britannia*, piensan en una monografía sobre la expedición (BARDON, *op. cit.*, nota 29, p. 281). De la obra de Casca nada se sabe, podría tratarse de Publio Servilio Casca Longo o su hermano Gayo, ambos conspiradores en el asesinato de César (BARDON: *op. cit.*, nota 20, pp. 313-314; CIZEK: *op. cit.*, nota 32, p. 77). Por último un escrito de Procilio, posiblemente el tribuno de la plebe del año 56 a.C. (BROUGHTON II: *op. cit.*, nota 20, p. 209), es citado por Cicerón junto a la *Constitución de Pelene* de Dicearco (*Att.* 2. 2. 2) y posiblemente esta obra —como la de Cota— fuera una constitución, que como la de Atenas que nos ha llegado, sería una historia de la ciudad con comentarios a los cambios políticos importantes. La mayoría, sin embargo, la considera, por las citas, una obra histórica (PETER I: *op. cit.*, nota 20, pp. 313-314; BARDON: *op. cit.*, nota 29, p. 249; CIZEK: *op. cit.*, nota 32, p. 75; CHASSIGNET: *op. cit.*, nota 38, pp. LXXXII-LXXXIII) o anticuaria (RAWSON: *op. cit.*, nota 3, p. 236).

e igualmente no incluimos a Tanusio Gémino, Volusio y Marco Furio Bibáculo, por ser autores de obras históricas, pero en verso<sup>66</sup>.

## 2. ¿QUIÉN ESCRIBÍA HISTORIA?

Después de este repaso prosopográfico, es momento de intentar concretar alguna reflexión sobre la figura del historiador en la República. La primera certeza que se impone es que de un número importante de autores, trece de treinta y seis, no existe constancia alguna que alcanzaran el rango senatorial. El primero que inaugura la lista es el hijo de Escipión el Africano, al que la enfermedad apartó de las magistraturas, pero en la segunda mitad del siglo II a.C. cinco historiadores de los diez conocidos tampoco formaron parte del senado y en el siglo I a.C. antes de la época augustea la ratio es siete de los veinte. No hay que olvidar, por supuesto, que lo único que se puede afirmar es que no tenemos noticias sobre su inclusión en el *ordo senatorius*. Los fastos consulares son bien conocidos y es muy improbable que alguno de estos personajes alcanzara el consulado sin que haya transcendido en las fuentes que manejamos. Sin embargo, los dos ediles curules y los pretores (que en 197 a.C. ascienden a seis, con Sila a ocho y con César llegarán a dieciséis) formaban también parte del senado y estamos lejos de conocer los nombres de todos los que alcanzaron dichos cargos. Lo mismo puede decirse de los diez tribunos de la plebe y de los dos ediles plebeyos que fueron admitidos a fines del siglo II a.C. y de los cuestores que habían aumentado a veinte cuando en tiempos de Sila tuvieron acceso al senado. Cualquiera de los historiadores cuyas vidas desconocemos, ya sea Casio Hemina, Venonio, Celio Antípatrio o Valerio Anciate, pudieron desempeñar alguna de estas magistraturas sin que tengamos noticias de ello, del mismo modo que solo indirectamente sabemos que Fabio Píctor y Gayo Acilio fueron senadores sin saber el cargo que tuvieron; o que nos ha llegado por Séneca la noticia de que el abuelo del emperador Galba obtuvo la pretura sin que tengamos por otra fuente una fecha concreta. Por debajo del rango senatorial no habría que olvidar tampoco otro tipo de magistraturas que suponían la implicación del individuo en el gobierno de la ciudad aunque a un nivel inferior

66. Los *Annales* de Tanusio son denominados por Séneca *ponderosi* y los opone a un «libro de pocos versos loable y útil» (SEN. *Ep.* 93. 11). Catulo consideraba la obra de Volusio *cacata carta*, «libro de mierda» por ser largos y carentes de excelencia poética (CATUL. *Poemas* 36. 1), lo que indica una obra versificada. Sobre este autor y sobre Bibáculo, ver LEDENTU: *op. cit.*, nota 4, pp. 206-207.

como la del tribuno militar, que desempeñó Sempronio Aselión o alguna de las que formaban el vigintisexvirato, como la de triunvir monetar que muy posiblemente obtuvo Gneo Gelio, y que pudieron tener también otros autores.

Todo ello debe prevenirnos contra la tentación de dividir en dos grupos opuestos a los historiadores republicanos: senadores implicados en política y autores con una visión externa al gobierno. Para personajes como Pomponio Ático esta denominación es perfectamente válida, pero no podemos hacerla extensiva a todos aquellos cuya vida nos es desconocida dando por supuesto que jamás se implicaron en el gobierno de Roma. Por el contrario, pudieron tener una carrera de los honores truncada o incompleta, o posiblemente una actuación como magistrados sin mayor gloria.

Más allá de la pertenencia a la aristocracia de la ciudad, confirmada en un número importante de casos, resulta interesante observar los distintos perfiles familiares de los historiadores senatoriales. Sorprendentemente pocos de ellos pertenecieron a un linaje cuyo prestigio se remontara a los primeros siglos de la República. Los casos que cumplen esta premisa son solamente los de Fabio Píctor y Fabio Máximo Serviliano, Postumio Albino y Junio Bruto. Otros historiadores pertenecían a una prestigiosa *gens* pero su familia había emergido del anonimato o simplemente había surgido en fecha más reciente, normalmente el siglo III a.C. como Sempronio Tuditano, Licinio Lúculo, y Sulpicio Galba, o posteriormente como Licinio Macro y Cornelio Sisena. El resto de historiadores senadores provenían de linajes y familias que habían alcanzado el senado en época de la primera y sobre todo la segunda guerra púnica: Cincio Alimento, Porcio Catón, Gayo Acilio, Calpurnio Pisón, Gayo Fanio, Lutacio Catulo y Escribonio Libón o algún momento posterior como Gneo Aufidio. Pero además cabe destacar que algunos fueron *novi homines*, es decir, los primeros representantes de su familia que llegaron a alcanzar el consulado como Catón, o Rutilio Rufo, cuya descendencia tendrá menos suerte en la política romana; y otros sin pertenecer *sensu stricto* a esta categoría, pueden ser considerados nuevos en el *ordo senatorius*, pues solo cuentan con un antepasado remoto, como Hortensio y Varrón, o alguno cercano como Quinto, hermano de Cicerón y Luceyo.

De todo ello se desprende claramente que la nobleza tradicional romana, la que acaparaba un mayor número de magistraturas desde más antiguo, no se interesó lo más mínimo por la escritura de la historia a excepción de los cuatro casos ya mencionados entre los que especialmente cabe destacar a Postumio Albino y a Fabio Máximo por su exitosa carrera a la altura del prestigio familiar, algo que no terminaron de lograr

Fabio Pictor y Sulpicio Galba, quienes, no obstante, entraron en el senado. Sin embargo, dentro de la aristocracia romana no hubo Metelos, ni Emilios, ni Claudios, ni Atilios, ni Valerios, ni Decios, ni Julios, ni Manlios que tuvieran un miembro dedicado al estudio del pasado; y aquellas familias linajudas que los tuvieron, están representadas por un personaje con nula o escasa carrera política como el hijo de Escipión el Africano, los Elio Tuberones, Casio Hemina, Claudio Cuadrigario, Valerio Anciate o Emilio Sura, si aceptamos a estos cuatro últimos personajes como miembros de las *gentes* cuyos *nomina* indican. Por tanto, podemos concluir que la escritura de la historia fue una actividad interesante para la nueva aristocracia de fines del siglo III a.C., y para los miembros poco prestigiosos de los linajes más antiguos. De alguna forma esta misma idea queda prefigurada en la primera pareja de historiadores, Píctor, un Fabio perteneciente a una familia en decadencia y Cincio Alimento, un recién llegado que se quedó a las puertas del consulado y cuya familia declinó inmediatamente después hasta desaparecer igualmente de la política romana. En ambos casos resulta bastante significativo que a pesar de la magnífica oportunidad de promoción que supuso la segunda guerra púnica por el elevado número de bajas que provocó entre senadores y caballeros, ninguno de ellos llegó a cónsul.

Frente a esta aristocracia más o menos representada en las fuentes, la interpretación social de aquellos personajes desconocidos es muchísimo más ardua. La existencia de un origen liberto es, según el estado actual de las fuentes, indemostrable aunque no por completo imposible. Sin embargo, teniendo en cuenta que el conocimiento no remunerado en el mundo antiguo estuvo siempre en manos de los individuos con niveles económicos elevados, resulta más verosímil su pertenencia al *ordo equestre* o a las élites municipales itálicas —este será el origen de Tito Livio—, cuyos intereses intelectuales son bien conocidos para el siglo I a.C.<sup>67</sup>. Los investigadores, guiados, no obstante, por la suposición de un origen liberto de algunos de estos personajes, han alcanzado, de forma en exceso precipitada, la conclusión de que desde la segunda mitad del siglo II a.C., surge en Roma un nuevo tipo de historiador profesional, que carecía de una faceta política en Roma y cuya obra tenía amplia repercusión. El primero en ajustarse supuestamente a este perfil habría sido Celio Antípatro, del cual las fuentes destacan su formación intelectual y destreza

67. WISEMAN, T. P.: «*Domi nobiles* and the Roman Cultural Élite», *Les «bourgeoisies» municipales italiennes aux IIe et Ier siècles av. J.-C.*. Paris: CNRS, 1983, pp. 299-307, esp. 305-307.

retórica —justificada, según estos autores, no solo por el comentario de Cicerón sino por los fragmentos que nos han llegado de su *Bellum Punicum*—<sup>68</sup>. Tras él irían Claudio Cuadrigario y Valerio Aniate, a los cuales se les adjudica la finalidad de hacer una historia de frívolo entretenimiento y no de seria instrucción moral y política —como sería la de los historiadores-senadores—, siguiendo la estela de Gneo Gelio, quien habría sido el primero en ampliar notablemente el número de libros de su historia<sup>69</sup>. La suposición se ve reforzada por la premisa de que la analística reciente se caracterizaba por la aplicación de los principios de la retórica antigua con la consiguiente anulación del principio de verdad y la invención o manipulación y desarrollo de los datos conocidos del pasado<sup>70</sup>. Esta perspectiva, que en el fondo surge del problema de nuestra comprensión de la verdad y veracidad en el mundo antiguo, ha sido refutada puntualmente y no le dedicaremos aquí mayor atención<sup>71</sup>.

Desde un punto de vista sociológico, lo que nos interesa destacar ahora es que no hay evidencia real que nos permita hablar de una profesionalización de la tarea del historiador o de un nuevo tipo de historiador profesional a fines de la República, dotado de una capacidad literaria ajena a la formación del hombre de estado<sup>72</sup>. Lo único que se percibe es un aumento del número de historiadores y una apertura a familias de menos relevancia social. En principio habría que señalar el carácter impreciso de la expresión «profesional». En el mundo antiguo escribir historia no fue jamás una profesión en sí misma, ni en la Roma republicana ni en ningún otro momento, al contrario que la gramática o la retórica, que eran conocimientos transmitidos por especialistas que cobraban

68. BECK y WALTER: *op. cit.*, nota 21, p. 35; LEDENTU: *op. cit.*, nota 4, p. 42.

69. BADIAN: *op. cit.*, nota 27, pp. 11-12 y 18-22.

70. WISEMAN: *op. cit.*, nota 53, pp. 20-53.

71. CORNELL. T. P.: «The Value of Literary Tradition Concerning Archaic Rome», *Social Struggles in Archaic Rome. New Perspectives on the Conflict of Orders*, K. A. Raafaub (ed.). Berkeley: University of California Press, 1986, pp. 52-76 y «The formation of the historical tradition of early Rome», *Past Perspectives: studies in Greek and Roman historical writing*, I. S. Moxon, J. D. Smart y A. J. Woodman (eds.). Cambridge: Cambridge University Press, 1986, pp. 67-86; LENDON, J. E.: «Historians without history: Against Roman historiography», *The Cambridge Companion to the Roman Historians*, A. Feldherr (ed.). Cambridge: Cambridge University Press, 2009, pp. 41-61. Para una revisión ver del tema RODRÍGUEZ MAYORGAS, A.: «Retórica y verdad en la historiografía antigua», *Homnaje al profesor Julio Mangas Manjarrés*, en prensa.

72. Como sostienen, por ejemplo, WISEMAN, T. P.: «Practice and theory in Roman historiography», *History. The Journal of the Historical Association*, 66 (218), pp. 1981, pp. 375-393, esp. 380, y FORNARA, Ch.: *The nature of history in ancient Greece and Rome*. Berkeley-Los Angeles-London: University of California Press, 1983, p. 55.

dinero por sus lecciones; de modo que nadie enseñaba historia, ni se ganaba la vida escribiendo historia. Por otro lado, nuestro conocimiento sobre la formación de los autores es francamente pobre y, de forma significativa, y contradictoria con lo anteriormente enunciado, tiene cierto relieve cuando el personaje en cuestión ha tenido una actuación pública destacable, normalmente como orador, o una posición social elevada. En estos casos, contamos con algún comentario de Cicerón al respecto. Dice, así por ejemplo, del hijo de Escipión el Africano que «si hubiera tenido buena salud, habría estado considerado entre los principales oradores: así lo indican algunos pequeños discursos y cierta historia que escribió en griego con un estilo muy dulce»; e igualmente destaca la pureza lingüística de Lutacio Catulo y la elocuencia de Postumio Albino (*litteratus et disertus*), Sempronio Tuditano (*elegans orationis genus*), Gayo Fanio (*in dicendo facultas*), Licinio Macro (*in inveniendis componentisque rebus mira accuratio*) y por supuesto la de Catón el Viejo, a pesar de su expresión arcaica, y de Hortensio, al que consideró un maestro y modelo a imitar<sup>73</sup>.

De este modo, la relación entre la historia y la oratoria fue tan evidente en la República como lo había sido en Grecia, a pesar de que Cicerón se quejaba amargamente de los pésimos resultados alcanzados, debido, según él, a la aridez y rusticidad de la expresión que los historiadores habían heredado de los *annales maximi*; razón por la cual no dejaba de abogar por la figura de un orador-historiador romano que pudiera rivalizar con sus homólogos helenos<sup>74</sup>. Posiblemente la diferencia con Grecia, que a un mismo tiempo podría explicar esta insatisfacción —interesadamente exagerada, es posible, pero no injustificada, por parte de Cicerón<sup>75</sup>—, es que no hubo hasta el siglo I a.C. escuelas de retórica establecidas en Roma y sí una actitud ciertamente refractaria a filósofos y maestros de oratoria como refleja el senadoconsulto del 161 a.C. en el que se les negaba a ambos la residencia en la ciudad<sup>76</sup>. Como la propia

73. Escipión: *Brut.* 77. Trad. M. Mañas Núñez; Lutacio Catulo: *Brut.* 132, *de Orat.* 3. 8. 29; Postumio Albino: *Brut.* 81; Celio Antipatro: *Brut.* 102; Sempronio Tuditano: *Brut.* 94; Gayo Fanio: *Brut.* 102; Licinio Macro: *Brut.* 238 y *Leg.* 1.7; Catón el Viejo: *Brut.* 65-69; Hortensio: *Brut.* 1-9. Para Calpurnio Pisón no tiene palabras de alabanza, aunque transmite que se ocupó de múltiples causas y dejó escritos unos discursos que habían caído ya en el olvido (*Brut.* 106).

74. *Cic. de Orat.* 2. 12. 51-54; *Leg.* 1. 6-7.

75. En *Leg.* 1. 8-11 se puede intuir el interés de esta crítica cuando Ático propone al propio Cicerón como el historiador que va a elevar la disciplina al nivel griego.

76. Según Suetonio, los primeros maestros de retórica fueron Lucio Plotio Galo y Lucio Voltacilio Piluto ambos de principios del siglo I a.C. (*Rhet.* 26-27). CLARKE, M. L.: *Rhetoric at Rome. A Historical Survey*, London, Cohen and Weste Ltd., 1953, pp. 10-22; KENNEDY, G.:

prohibición indica, esto no significa que no hubiera especialistas disponibles que pudieran contratarse, pero la indiferencia social, cuando no animadversión, a estos estudios sin duda mantuvo en un principio la retórica al nivel del amateurismo para algunos aficionados y de desconocimiento para otros. Por ello, no es descabellado pensar que muchos de estos escritores fueron antes autodidactas que alumnos; y no solo en cuestiones de retórica y de historia.

En un ambiente de inquietud intelectual como fue el de los siglos II y I a.C.<sup>77</sup>, vemos que algunos de estos personajes tenían intereses más amplios que el estudio del pasado de la ciudad. Esta inquietud estuvo siempre ligada en Roma al filohelenismo, de modo que no es extraño que el conocimiento de la lengua y letras griegas sea evidente desde los primeros escritores, no solo porque éstos decidieron utilizar dicho idioma para redactar sus historias, sino porque a través de ciertos fragmentos queda claro su conocimiento de la historiografía helena<sup>78</sup>. Lejos de desaparecer con Catón, la tendencia a escribir historia en ese idioma tiene algunos representantes en el siglo I a.C. como Rutilio Rufo, experto en letras griegas y seguidor del estoico Panecio, y Licinio Lúculo, poseedor de una de las pocas bibliotecas privadas de Roma en ese momento y cuya monografía sobre la guerra de los aliados fue redactada en ese mismo idioma<sup>79</sup>. El paso generalizado al latín a mediados del siglo II a.C. no supuso, sin embargo, un desinterés por los estudios griegos, al menos para algunos personajes: así se aprecia en el caso de Catón el Viejo, a pesar de su supuesto antihelenismo<sup>80</sup>, de Lutacio Catulo, quien se dedicó igualmente a la poesía, de Àtico, de Nepote, autor de biografías griegas, de Terencio Varrón y de Salustio. Pero, además, algunos autores consiguieron una reputación cultivando un saber tan romano como la

---

*The Art of Rhetoric in the Roman World 300 BC-AD 300*. Princeton New Jersey: Princeton University Press, 1972, pp. 51-102.

77. MOATTI, C.: *La Razón de Roma. El nacimiento del espíritu crítico a fines de la República*. Madrid: Antonio Machado-libros, 2008 (1997), pp. 77-245.

78. Un ejemplo incontrovertido es el uso de la datación griega por Olimpiadas. Ver FEENEY, D.: *Caesar's Calendar. Ancient Time and the Beginnings of History*. Berkeley: University of California Press, 2007, pp. 95-100.

79. Rutilio Rufo: *Brut.* 113-116. DIX, T. K.: «The Library of Lucullus», *Athenaeum*, 88(2), 2000, pp. 441-464. También G. Fanio (Cic. *Brut.* 101 y 113) y Q. Elio Tuberón (Cic. *Mur.* 66) fueron seguidores del filósofo estoico.

80. GRUEN, E.: *Culture and National Identity in Republican Rome*, Ithaca, New York, Cornell University Press, 1992, pp. 52-83, GARCÍA FERNÁNDEZ, E.: «Doctrina transmarina: la recepción de la filosofía griega en la Roma republicana», *Del pensar y su memoria. Ensayos en homenaje al profesor Emilio Lledó*, L. Vega Reñón, E. Rada García y S. Mas Torres (coords.). Madrid: UNED, 2001, pp. 297-310.

jurisprudencia: ese es el caso, como ya vimos, de Celio Antípato, pero también el de Rutilio Rufo y Elio Tuberón hijo.

Nada sabemos de la formación del resto de historiadores, incluidos aquellos que no pertenecieron al orden senatorial, pero este silencio, impuesto por la parquedad de las fuentes, no permite sostener una falta de lecturas y conocimientos por su parte, y está muy lejos de mostrar una clara dicotomía entre autores amateur y profesionales de la historiografía. Como mucho podemos suponer que aquellos personajes que no persiguieron la carrera de los honores pudieron consagrar una mayor dedicación a la escritura que los que pretendían estar presentes de forma constante en la vida política de la ciudad. Por ello, no parece del todo adecuada la afirmación de Fornara de que los romanos invirtieron la tendencia griega según la cual la escritura de la historia era la actividad principal frente a cualquier intervención pública<sup>81</sup>. Esto podría aplicarse a los historiadores-senadores, pero ya vimos que un tercio no tuvieron un papel político relevante y no llegaron al senado, de modo que bien pudieron dedicarse al estudio del pasado de forma más exclusiva. Pero incluso en el caso de los senadores, no se puede aplicar de manera generalizada la asunción de que solo el retiro político que imponía la vejez era aprovechado para escribir historia. Sabemos que este fue el caso de Catón el Viejo, a decir de Nepote, pero para otros autores tenemos atestiguada una combinación de actividades públicas y escritura. Así sucede con Quinto Cicerón, quien redactó sus anales siendo gobernador en Asia (59 a.C.) y muy posiblemente con Licinio Macro, que murió de forma prematura en el 66 a.C. después de su gobierno provincial dejando una obra histórica tras de sí<sup>82</sup>.

### 3. AUCTORITAS, VIRTUS Y LA FIGURA DEL HISTORIADOR

Si nos preguntamos por la concepción que los romanos tenían del historiador, la primera conclusión evidente es que no consideraban la actividad de estudiar el pasado una característica que distinguiera a un personaje concreto, o dicho de otro modo, no concebían la existencia de un especialista en historia. Esta idea no sorprende en absoluto, pues, como ya dijimos, en el mundo antiguo no existió la profesión de historiador. Pero si comparamos la terminología usada en Grecia y Roma,

81. FORNARA: *op. cit.*, nota 71, pp. 50-51.

82. Catón: *NEP. Ca.*, 3. 3; Quinto: *Cic. Att.* 2. 16. 4.

veremos que en este último caso es aún más notable inicialmente la inexistencia de la figura del historiador y de su actividad intelectual como algo diferenciado.

En efecto, entre los griegos el término *historia*, que originalmente transmitía la idea de «informe», «investigación», «conocimiento adquirido mediante la experiencia», fuera cual fuese el contenido, fue aplicado al estudio del pasado por vez primera por Heródoto<sup>83</sup>. El vocablo llevaba implícito el sentido de juicio crítico, algo lógico si se advierte en él la raíz *histor*, término que ya en la *Ilíada* servía para designar al «árbitro» o «juez»<sup>84</sup>. Aunque la visión herodotea de la historia que se circunscribía al orden de la justicia divina (*dike*), no se mantuvo, se percibe, no obstante, un nexo común con historiadores posteriores como Tucídides o Polibio, dado que no desaparece la noción de juicio o de justicia en la narración sobre el pasado<sup>85</sup>. Como practicante de esa nueva actividad intelectual de investigación (*historia*), que se aplicaba ahora al pasado humano y que suponía una posición crítica basada en la confrontación de opiniones y de experiencias propias y ajenas<sup>86</sup>, el autor de estas obras, denominadas genéricamente *Historias*, recibió en Grecia el nombre de *historikos*. En ocasiones, además, se le concederá simplemente el apelativo *syngraphos*, lo que pone de manifiesto que, a pesar de los orígenes orales de la historiografía<sup>87</sup>, se perpetuó la pretensión de Tucídides de que el acontecer se

83. PRESS G. A.: *The Development of the Idea of History in Antiquity*. Montréal: McGill-Queen's University Press, 1982, pp. 23-34; HARTOG F.: *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, Paris, Gallimard, 1980, pp. 396-411, y DARBO-PESCHANSKI C.: *L'Historia. Commencements grecs*. Paris: Gallimard, 2007, pp. 67-110.

84. SCHEID-TISSINIER E.: «À propos du rôle et de la fonction de l'*histôr*», *Revue de philologie* 68, 1994, pp. 187-208; MAS TORRES S.: *Ethos y Polis. Una historia de la filosofía práctica en la Grecia clásica*. Madrid: Istmo, 2003, pp. 46-52. Recientemente se ha argumentado en base al testimonio de este poema épico que *histor* designa en la práctica al árbitro de una disputa y no al testigo ocular (DARBO-PESCHANSKI: *op. cit.*, nota 82, pp. 41-57).

85. DARBO-PESCHANSKI C.: «L'historien grec ou le passé jugé», *Figures de l'intellectuel en Grèce ancienne*, N. Loraux y C. Mirelles (eds.). Paris: Belin, 1998, pp. 143-189.

86. SCHEPENS G.: «History and *Historia*. Inquiry in the Greek Historians», *A Companion to Greek and Roman Historiography*, vol. 1, J. Marincola (ed.). Oxford: Blackwell, pp. 39-55.

87. MURRAY O.: «Herodotus and Oral History», *Achaemenid History, II. The Greek Sources*, H. Sancisi-Weerdenburg y A. Khurt (eds.). Leiden: The Netherlands Institute for the Near East, 1987, pp. 92-115; FOWLER R. L.: «Early *Historie* and Literacy», *The Historian's craft in the age of Herodotus*, N. Luraghi (ed.). Oxford: Oxford University Press, 2001, pp. 95-115 y HARTOG, *op. cit.* nota 82, pp. 414-419.

recogiera en obras escritas que pudieran servir como una adquisición para siempre como él mismo creía haber hecho<sup>88</sup>.

En Roma, como ya hemos analizado en otro lugar<sup>89</sup>, el término *historia* nunca estuvo vinculado a la idea de investigación o de juicio crítico, por el contrario su significado más usual fue el de «libro sobre el pasado» y eventualmente vemos que en ocasiones pasó a denominar a fines de la República el propio pasado. En pocas palabras los romanos relacionaron el vocablo principalmente con el resultado del trabajo del historiador, no con el proceso de investigación y aprendizaje, es decir, con los textos de historia que les llegaron de Grecia y que solían llevar precisamente el título de *Historias*. Por lo que respecta al personaje, los romanos adoptaron finalmente el término *historicus*, pero su uso es francamente minoritario. A fines de la República lo encontramos de forma más usual en autores como Cicerón o Cornelio Nepote<sup>90</sup>. No obstante, este préstamo lingüístico del griego sigue siendo, incluso en ese momento, un recurso secundario para referirse a aquellos que escribieron historia —significativa es su ausencia, como la del vocablo *historia*, en la obra de Livio—. Por el contrario, estos personajes reciben sistemáticamente en latín el apelativo de *auctores*.

Como es bien sabido, *auctor* es un término con un amplio campo semántico<sup>91</sup>. Deriva, al igual que *auctoritas*, del verbo *augeo*. Por ello se concede que su primer significado, aunque no el más usual, es el de «aquel que hace aumentar o ampliar algo». Más común es, en la literatura conservada, el sentido de «vendedor principal», «fundador», «impulsor» o «valedor». Es esta última acepción la que más relación tiene con el ámbito de la historia. De ese modo, los escritores son considerados garantes de la información transmitida. Así, por ejemplo, Cornelio Nepote afirma que prefiere a Tucídides como *auctor* antes que a otros escritores; y Cicerón igualmente consideraba al historiador ateniense *locuples auctor*, y a Polibio *bonus auctor*, mientras que Livio en *Ab Urbe Condita* denomina a Fabio, *antiquissimus auctor* y utiliza la expresión *auctor est* para reflejar

88. TH. 1.22.4. Ver EDMUNDS J. M.: «Thucydides in the Act of Writing», *Tradizione e innovazione nella cultura greca da Omero all'eta ellenistica*, R. Pretagostino (ed.), Roma, Gruppo editoriale internazionale, 1993, pp. 831-852, MOLES J.: «Anathema kai ktema: the Inscriptional Inheritance of Ancient Historiography», *Histos*, 3, 1999 <<http://www.dur.ac.uk/Classics/histos/1999/moles.html>>.

89. RODRÍGUEZ MAYORGAS: *op. cit.*, nota 5, pp. 220 y ss.

90. Por ejemplo, Cic. *Mur.* 16. 2; *de Orat.* 2. 59. 4; *Brut.* 286. 7; *Orat.* 68. 13, 124. 4; *Top.* 78. 10; *N.D.* 3. 55. 3; *Div.* 1. 55. 2, 2. 69. 4; NEP. *Con.* 4. 5; *Di.* 3. 2; *Alc.* 11. 1.

91. Cf. *Dictionnaire etymologique de la langue latine* s. v. *augeo* y *Oxford Latin Dictionary* s. v. *auctor*.

la autoría de una afirmación, como cuando dice, por ejemplo, que Valerio Anciate sostenía que los dos Petilios llamaron a juicio a Escipión Africano el Menor. En Salustio encontramos nuevamente la confianza que reside en el término *auctor* cuando señala en la descripción de África que hace descansar la veracidad (*fides*) de lo expuesto en sus fuentes: los libros del rey Hiempsal II y los propios moradores de esa tierra<sup>92</sup>.

Así pues, frente a la terminología griega que denominaba al especialista de una nueva disciplina con una nueva palabra, en Roma para denominar a un historiador se recurrió a un término genérico que manifestaba, por el contrario, la confianza, *fides*. Resulta tentador pensar que esta *fides* en lo que el autor transmitía estaba determinada por la extracción social de los escritores de modo que eran *auctores* porque pertenecían a la aristocracia de la ciudad. No en balde, la *auctoritas* es una de las características de los senadores y en su conjunto del senado, y se podría definir como la aprobación, consejo y responsabilidad de los *patres* frente al resto de magistrados en la toma y ejecución de decisiones<sup>93</sup>. Y aunque en la República se manifestaba de forma colectiva en el ámbito público, la *auctoritas* podía perfectamente ejercerse por un solo individuo, como el *paterfamilias* y de hecho un solo individuo, Augusto, terminará por imponerse en el senado debido a su superior *auctoritas*, o al menos eso afirmaba él<sup>94</sup>. Sin embargo, la imagen que arrojan nuestras fuentes es mucho más compleja. No hay duda de que el prestigio social de un personaje le haría valedor de crédito como escritor sobre el pasado de Roma, pero ya vimos que un número importante de historiadores no pertenecieron al senado, ni tuvieron prestigio aristocrático alguno y por ello no dejaron de ser denominados *auctores*, como se comprueba en el anterior ejemplo de Livio sobre Valerio Anciate o el de Salustio sobre los habitantes del norte de África.

Por otro lado, el uso de la expresión muestra que las circunstancias no sociales pueden convertir a alguien en *auctor*. De este modo, Cicerón

92. Tucídides: *Nep. Them.* 10. 5. 2, *Cic. Brut.* 48, *Off.* 3. 32. 113; *Liv.* 4. 40 10; 38. 50. 5: *P. Scipioni Africano, ut Ualerius Antias auctor est, duo Q. Petillii diem dixerunt.* *SAL. Jug.* 17. 7: *fides eius rei penes auctores erit.*

93. HEINZE, R.: «*Auctoritas*», *Hermes* 60, 1925, pp. 348-366. Sobre su posible origen en el derecho augural y su relación con la consulta de los auspicios y el conocimiento de la voluntad divina que sancionaba (o no) las empresas que se proponía el pueblo romano, ver GIOVANNINI, A.: «*Auctoritas patrum*», *Museum Helveticum*, 42, 1985, pp. 28-36, esp. 35. De esta forma, los senadores podían considerarse *auctores*, garantes, de la buena marcha y finalización de los proyectos iniciados.

94. *AUG. Anc.* 34. 3. GALINSKY, K.: *Augustan Culture. An Interpretative Introduction.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1998, pp. 14-20.

pensaba que Enio era *auctor et idoneus* de la elocuencia de M. Cornelio Cetego porque fue contemporáneo suyo pero escribió una vez éste había muerto —lo que le evitó tener que mentir por amistad—<sup>95</sup>. Enio no es denominado así por ser autor de unos *Annales*<sup>96</sup>, aunque evidentemente Cicerón obtuvo la información de su obra, sino por ser testigo de la noticia que ofrece y no verse condicionado. De esta forma, el término transmite la idea de testimonio fehaciente como se observa también en aquellos casos en los que documentos u objetos son denominados *auctores*<sup>97</sup>. Por último habría que sumar una acepción más en la que, antes que consideración social, se pone de manifiesto la experiencia y el conocimiento. Así, por ejemplo, en la introducción de *Andria*, Terencio se defiende de aquellos críticos que le acusan de mezclar obras de Menandro y afirma emular la actitud de Nevio, Plauto y Enio, a los que tiene por *auctores*, modelos a imitar, autoridades en el campo de la literatura<sup>98</sup>. De igual modo Varrón al hablar del origen de las palabras afirma tener como autoridades de esa materia (*huius rei auctor*) a Crisipo y Antípatro (filósofos) y a Aristófanes y Apolodoro (gramáticos).

En última instancia todos estos usos, que, como se ve, exceden el ámbito de la historia, tienen en común señalar la autoridad de un personaje al transmitir cierta información, pero en ellos se percibe no solo la confianza que emana de la posición social, sino también la que proviene de la capacidad y del conocimiento. Es muy probable que la primera precediera a la segunda en la historiografía romana, de forma que inicialmente se dejó a un lado el término *historicus*, que como adaptación del griego podía parecer impropio y despertar desconfianza aplicado a la aristocracia romana, y se enfatizó con el término *auctor* la fiabilidad de la actividad transmisora del pasado a la que se dedicaron determinados

95. Enio: Cic. *Brut.* 57. 9. Cicerón se sirvió en otra ocasión de Enio como fuente histórica en *De republica* (1. 25) nuevamente al tratar una cuestión cronológica. Sobre las citas de Enio en Cicerón ver ZETZEL, J. E. G.: «The influence of Cicero on Ennius», *Ennius Perennis: the Annals and beyond*, W. Fitzgerald y E. Gowers (eds.), Cambridge Classical Journal supplementary, vol. 31, Oxford, 2007, pp. 1-16.

96. De hecho los escritores de historia en verso reciben el nombre más específico de *poetae*: Cic. *de Orat.* 2. 276. 3, *Opt. Gen.* 27, *Tusc.* 1. 3. 17, *Div.* 1. 40. 3.

97. Así, por ejemplo, Livio (4. 20. 8 y 4. 23. 2) dice que Licino Macro y Sempronio Tuditano presentaban los libros linteos como pruebas (*auctores*) del consulado de determinados personajes.

98. TER. *An.* 19: *qui quom hunc accusant, Naevium Plautum Ennium accusant quos hic noster auctores habet, quorum aemulari exoptat neglegentiam potius quam istorum obscuram diligentiam*. Sobre el tema ver GRUEN, *op. cit.* nota 79, pp. 183-222. VAR. *L.* 6. 1. 29.

romanos. Con el paso del tiempo, sin embargo, a la vez que otros personajes ajenos a la política como Casio Hemina, Celio Antípato o Claudio Cuadrigrario elaboraron obras históricas la valía del historiador dejó de radicar exclusivamente en su extracción social para abarcar también su talento y conocimiento.

Un buen ejemplo de que a fines de la República la combinación de ambos elementos era lo más deseado se encuentra en la correspondencia ciceroniana. De vuelta ya de su sufrido exilio, en la primavera del 56 a.C., Cicerón dirige una apremiante carta a Luceyo en la que le insta a que elabore una monografía sobre su consulado, la cual quedaría incluida en la historia de la guerra itálica y civil (*Italici belli et civilis historiam*) que dicho autor estaba escribiendo<sup>99</sup>. En la larga misiva el remitente no escatima elogios a Luceyo, y este esfuerzo nos permite ver lo que se esperaba de un buen historiador. Así, Cicerón dice estar deseoso de disfrutar de la autoridad de su testimonio (*auctoritate testimonii tui*), de la expresión de su benevolencia y de la suavidad de su expresión. Prosigue asegurando que la materia es digna de *facultas et copia tua* y que en ella Luceyo podrá aplicar la *civilium commutationum scientia* para explicar las causas de las revoluciones o sugerir los remedios para sus calamidades entre otras cosas. Más adelante afirma que contribuirá más a la felicidad de su ánimo y a la dignidad de su memoria (*ad memoriae dignitatem*) si los acontecimientos desde su consulado a su regreso aparecen en la historia de Luceyo y no en la de otro porque contarán así no solo con su ingenio (*ingenium tuum*) sino también con la autoridad de un hombre reputado, conocido en los asuntos de mayor gravedad e importancia y apreciado entre los mejores (*auctoritas clarissimi viri et in republicae maximis gravissimisque causis cogniti atque in primis probati*). Por último, rechaza la posibilidad de escribir él mismo dicha historia porque el resultado carecería de idéntica *fides* y *auctoritas*.

De todo lo dicho podemos concluir que Luceyo es un buen historiador según Cicerón por la autoridad de su testimonio (es un testigo directo), por su genio que incluye la capacidad retórica y el entendimiento que le permitía manejar un conocimiento específico, y por el prestigio de ser un *vir clarissimus*, es decir, un senador. Sin su obra, se nos escapa por completo la supuesta destreza expresiva del autor, pero resulta evidente que, por lo que respecta a su papel político, Cicerón está

99. Cic. *Fam.* 5. 12. Esta carta ha recibido atención de forma casi exclusiva por la petición de Cicerón a Luceyo de que desatienda la primera ley de la historia, la veracidad, que él mismo propugnaba en tratados como *De Legibus* (1. 1. 2-5) o *De Oratore* (2. 15. 62). Ver bibliografía en RODRÍGUEZ MAYORGAS: *op. cit.*, nota 5, pp. 162-163.

claramente exagerando, pues Luceyo no provenía de una familia senatorial consolidada, tampoco fue el principio de una y toda su actuación pública se resume en la pretura del 67 a.C. —lo cual ciertamente es meritorio atendiendo a su origen— y en el fracaso de las elecciones consulares del 60 a.C. Así pues, pertenecía, más bien, a esa segunda categoría aristocrática que, como vimos, abundaba entre los practicantes de la historiografía romana.

Por lo tanto, según indica con claridad la terminología, los romanos no percibían que la escritura de la historia caracterizara a un personaje concreto como para denominarlo de forma independiente, al menos hasta fines de la República cuando autores como Cicerón y Nepote comienzan a utilizar el término *historicus*. Esta falta de individuación es coherente con la práctica historiográfica y con la sociedad romana de este momento. La imagen social de aquellos que empleaban parte de su tiempo en estudiar el pasado ni se construía ni se mantenía gracias a dicha actividad. Como es bien sabido, la aristocracia republicana se sustentaba en un despliegue de destreza militar y sacrificio por la ciudad que los romanos calificaban con el nombre de *virtus*<sup>100</sup>. En esa *virtus*, que se manifestaba en el campo de batalla —y posteriormente el foro— y se materializaba en magistraturas, no había hueco para las actividades intelectuales, que se mantenían ocultas en el ámbito de lo privado, en el *otium*. Por ello, el estudio del pasado como ejercicio particular se concebía más bien como una pérdida de tiempo inútil para la República.

No hay mejor indicio de esta desaprobación que la insistencia con la que los historiadores defienden su actividad. Esta defensa se percibe ya en la famosa sentencia catoniana que suscribía Cicerón públicamente en un discurso: «los hombres de fama y rango deben dar cuenta de su ocio tanto como de su trabajo»; y es de sobra conocida la defensa de Salustio, quien preveía que algunos considerarían su obra un pasatiempo (*inertia*) cuando en realidad suponía un esfuerzo útil e importante (*tantus tamque utilis labor*) e insistía de nuevo en la *Conjuración de Catilina* que servir con palabras a la República no era inútil (*absurdum*), aunque reconocía que el escritor de hazañas (*scriptor rerum*) no alcanzaba igual *gloria* que aquel que las protagonizaba (*actor*)<sup>101</sup>. El testimonio de Cicerón y su

100. McDONNELL, M.: *Roman manliness. Virtus and the Roman Republic*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006, pp. 181-205.

101. Cic. *Planc.* 66; SAL. *Jug.* 3 y *Cat.* 3. 1-2. Cicerón consideraba que la escritura de la historia otorgaba *gloria* no solo a los protagonistas sino al autor (*ad Fam.* 5. 12. 6). Que los historiadores romanos en su mayoría debieron de comprender su actividad como un bien público lo revelan indirectamente las palabras de Sempronio Aselión contra los

defensa de un *otium litteratum* acorde con el estatus social de la aristocracia romana demuestra no solamente que Salustio no exageraba en sus temores, sino que además la desconfianza o el recelo no recaía exclusivamente en la historia sino en el resto de estudios y disciplinas<sup>102</sup>.

La falta de apreciación social de la tarea del historiador, que ya duraba un siglo y medio en época de Salustio y Cicerón, hace que sea bastante sorprendente que, aún así, determinados aristócratas romanos dedicaran tiempo a semejante empresa. Hay que aceptar que, a pesar de su supuesta inutilidad, escribir historia no debía de implicar una falta de decoro, pues de haber sido así, rápidamente habría caído en desuso y se habría dejado en manos «sulbaternas» como sucedió con las artes plásticas o con la poesía<sup>103</sup>. No puede ser más elocuente, sobre este último punto, que mientras extranjeros de educación helena como Nevio y Enio escribieron la historia de Roma en verso, la aristocracia romana lo hizo siempre en prosa en el período que nos ocupa. También hace comprensible esta invisibilidad la poca información que tenemos de los historiadores republicanos, no ya de fines del siglo III a.C. sino también del siglo I a.C. Incluso un personaje docto como Cicerón se confundía con la identificación de algunos autores como vimos en el caso del Gayo Fanio. Y resulta comprensible que en los casos en que tenemos más información sea porque se trata de un personaje con una importante proyección pública ya sea Catón o Fabio Máximo Serviliano. La memoria de Roma solo entendía de hazañas bélicas.

---

*annales* a los que considera incapaces de hacer que sus lectores se lancen a la defensa de Roma. GEL. 5. 18. 7-9: *neque alacriores ad rempublicam defendendam neque segiores ad rem perperam faciendam annales libri commouere quicquam possunt*. Sobre el pasaje y su supuesta influencia polibiana ver RODRÍGUEZ MAYORGAS: *op. cit.*, nota 5, pp. 276 y ss.

102. Incluso un personaje como Cicerón tiene que afirmar no avergonzarse del tiempo empleado en los estudios porque éste nunca le apartó del foro y de la sociedad (*Arch.* 12). ANDRÉ, J.-M.: *L'otium dans la vie morale et intellectuelle romaine. Des origines à l'époque augustéenne*, Paris, PUF, 1966, pp. 295-334; STROUP, *op. cit.* nota 55, pp. 37-65. Sobre el surgimiento del pensamiento como actividad pública a fines de la República ver MOATTI: *op. cit.*, nota 76, pp. 247-252.

103. A la primera categoría pertenece la iniciativa de Gayo Fabio, abuelo del historiador, de decorar con pinturas el templo de *Salus* en el Quirinal en 304 a.C., actividad que reportó a su familia el *cognomen Pictor*, pero que a nadie, ni dentro ni fuera de ella, se le ocurrió imitar. GRUEN: *op. cit.*, nota 79, p. 132. En cuanto a la poseía, no tuvo practicantes entre la aristocracia romana hasta el siglo I a.C. y muy posiblemente Zorzetti esté en lo cierto al vincular en parte la desaparición de los *carmina convivalia* aristocráticos en el siglo III a.C. con la baja condición social de los poetas griegos que estaban llegando a Roma. ZORZETTI, N.: «The *Carmina Convivalia*», *Sympotica: a symposium on the Symposium*, (ed.) O. Murray. Oxford: Clarendon Press, 1990, pp. 289-307, esp. 294.

Pero sobre todo explica de forma convincente por qué aquellos que se embarcaban en esta actividad intelectual no pertenecían, salvo alguna excepción, a las familias aristocráticas más tradicionales y prestigiosas de Roma, o tenían dentro de ellas una posición secundaria. Salustio lo entendió bien cuando afirmaba que tradicionalmente los romanos habían preferido actuar a narrar hazañas ajenas —no de otra forma se podía demostrar la *virtus*— y Cicerón, no menos observador, reconocía que todos aquellos varones elocuentes que podrían haber engrandecido el género histórico en Roma habían preferido brillar en los tribunales y en el foro<sup>104</sup>. De esta forma, el requisito del prestigio social que parece manifestar el concepto romano de *auctor* encerraba cierta contradicción en sí mismo, puesto que aquellos que mejor podían representarlo tendían invariablemente a desentenderse de la escritura, incluso aunque albergaran interés por el conocimiento. El caso de los Escipiones no puede ser más elocuente a este respecto. Escipión Emiliano y su círculo posiblemente no debatían sobre Roma de forma tan sesuda como los imaginó Cicerón en su *Repubblica*, pero no hay duda de que eran conocedores de las disciplinas griegas y seguidores del filósofo estoico Panecio según transmiten las fuentes, hasta el punto de que fue acusado públicamente de pasearse por el gimnasio con manto y sandalias griegas y de dedicarse a la lectura y a los ejercicios atléticos<sup>105</sup>. Sin embargo, Emiliano no dedicó parte de ese *otium* a escribir historia —ni tampoco filosofía—, siguiendo el ejemplo de su padre adoptivo, sino que se esforzó por imitar a su padre natural y a su abuelo, el Africano, para sobrepasar a los dos en virtud y gloria desde el primer momento en que se presentó voluntario para la impopular campaña de Hispania en 151 a.C.<sup>106</sup>.

#### 4. CONCLUSIONES

Así pues, en Roma la labor historiográfica estuvo en manos de la aristocracia, pero no de aquella que mejor representaba la *virtus*, conseguía así más éxitos militares y ocupaba un mayor número de magistraturas.

104. SAL. *Cat.* 8; CIC. *de Orat.* 2. 13. 55.

105. LIV. 29. 19. 11-12. ANDRÉ: *op. cit.*, nota 101, pp. 135-201; ASTIN, A. E.: *Scipio Aemilianus*. Oxford: Clarendon Press, 1967, pp. 294-296; GRIMAL, P.: *Le siècle des Scipions, Rome et l'hellénisme au temps des guerres puniques*, Paris, Aubier, 1975 (1953), pp. Sobre la historicidad del círculo de los Escipiones que refleja Cicerón en *De amicitia*, FORSYTHE, G.: «A philological note on the Scipionic circle», *American Journal of Philology*, 112, 1991, pp. 363-364.

106. PLB. 35. 4. 13. ASTIN, *op. cit.* nota 105, pp. 45-46.

Esta se mantuvo en gran medida al margen de narrar sus propias hazañas. Solo diez de los treinta y seis historiadores conocidos alcanzaron el consulado. El resto pertenece a la aristocracia de segunda fila por su propia familia o por su limitada actividad política. Además, frente a la aristocracia tradicional hay un importante número de familias surgidas en las guerras púnicas cuyos miembros se interesaron por la historia. La falta de reconocimiento público de esta actividad, que se realizaba en el tiempo de *otium*, fue sin duda un elemento disuasorio para los posibles interesados, aunque los que finalmente le dedicaban la suficiente atención como para escribir ellos mismos la concebían como un bien para la república. Podríamos decir, por tanto, que no existían historiadores en la República sino aristócratas que dedicaban tiempo, entre otras actividades, al estudio del pasado. Su posición social es posiblemente la razón de su denominación como *auctores* —y el consiguiente rechazo inicial del término *historicus*— pero con el tiempo este concepto adquirió también la idea de «experto» o «conocedor de una materia», así, por ejemplo, la carta de Cicerón a Luceyo es testimonio de la necesidad de cierta maestría de la oratoria y de los cambios políticos para escribir historia.

En este contexto se comprende mejor la novedad que supuso la actividad biográfica de Cornelio Nepote, quien decidió dedicar un volumen de sus *Vitae* a los *Latini historici* en paralelo a los *Graeci historici*<sup>107</sup>. Con ello no solo se estaba concediendo abiertamente que, en Roma también, la escritura de la historia podía caracterizar a un personaje, ratificando así la existencia de la figura del historiador al que denomina con el término *historicus*, sino que también por vez primera se consideraba que sus vidas eran dignas de memoria. Así pues, en el siglo I a.C. se abrió paso con fuerza la idea, expresada claramente por Salustio, pero que a la sociedad romana le había costado entender, de que en realidad el prestigio de un pueblo dependía más de sus historiadores que de sus protagonistas y estos merecían su parte de gloria también<sup>108</sup>.

Pero, además, revisar el pasado de la ciudad en busca de aquellos que se habían dedicado a la historia no dejaba de ser una forma novedosa de repensar y descubrir a los antepasados. Pues frente a la excelencia militar como factor tradicional de memoria, el autor invocaba a los romanos ilustres en base a una actividad que, si no había pasado por completo

107. Sobre la composición de esta obra, de la que solo tenemos el libro dedicado a los generales extranjeros, ver GEIGER, J.: *Cornelius Nepos and Ancient Political Biography*. Wiesbaden: Steiner, 1985, pp. 88-92.

108. SAL. *Cat.* 8. La responsabilidad del historiador en el prestigio y grandeza de los protagonistas de la historia ya había sido señalado por Catón y Gn. Gelio (S.H.A. *Prob.* 1.1).

desapercibida en los siglos III y II a.C., sí se había mantenido muy alejada de aquello que destacaba como mérito público. Por desgracia no tenemos la nómina de personajes que Nepote incluyó en este volumen, pero lo que nos queda no carece de interés: la biografía de Ático y una resumida *vita Catonis*, que con toda probabilidad pertenecía al mismo libro<sup>109</sup>. Se igualaban así por su contribución a la historia dos personajes con un recorrido vital y político muy diferente y que en cualquier otro contexto difícilmente podrían haber aspirado al mismo reconocimiento y recuerdo público. Pero Nepote estaba creando una memoria nueva. A este respecto no deja de ser relevante su afirmación de que traer a Enio a Roma fue tan importante como cualquier triunfo que Catón pudiera haber logrado en Cerdeña, algo que posiblemente nunca se le habría ocurrido decir a un contemporáneo del censor —ni posiblemente al propio censor tampoco—<sup>110</sup>.

109. Aparece así en uno de los códices que la identifica como *excerptum ex libro Cornelli Nepotis de Latinis historicis*. MALCOVATI, E.: *Cornelii Nepotis quae extant*. Torino: G. B. Paravia & C., 1934, p. XV. Nepote había escrito anteriormente y fuera de esta colección una vida de Catón, sin duda más extensa, a petición de Ático a la que él mismo reenvía al lector (*Cat.* 3. 5), lo que hace suponer que existió una biografía suya de Catón que fue publicada en solitario.

110. NEP. Ca. 1. 4: *praetor prouinciam obtinuit Sardiniam, ex qua quaestor superiore tempore ex Africa decedens Q. Ennium poetam deduxerat, quod non minoris aestimamus quam quemlibet amplissimum Sardiniensem triumphum*.